

habia hecho abandonar para arrojarles á la region de las ideas abstractas. Young, despues de haberse adornado tambien con nuestras riquezas, despertó entre nosotros en sus *Noches* esa tintura de melancolía que la poesia actual explotó con ventaja, evitando las repeticiones fastidiosas y las redundancias enfáticas del poeta inglés.

Los tres grandes historiadores de la Inglaterra en el siglo XVIII, Robertson, Hume y Gibbon, se hicieron discípulos de Voltaire, y adoptaron el mismo género y principios. Hume y Gibbon recibieron en Paris una especie de ovacion. Los mismos señores y príncipes se creyeron obligados á obsequiarlos; tal era el imperio que las ideas volterianas habian adquirido sobre los espiritus.

Sin embargo, despues de haber provocado este impulso irreligioso, la literatura inglesa volvió á ideas mas sanas; y aunque se aproximaba á la literatura francesa por algunos de sus escritores, nada perdió de su nacionalidad. Sus principales representantes fueron Pope y Addison. Pope, que vivió y murió católico, tradujo á Homero, difamó con viveza en sátiras llenas de númen á los malos escritores de su tiempo, y se hizo superior á todos los poetas ingleses por su *Ensayo sobre el hombre*. Addison, ya célebre por los magníficos versos que le habian sido inspirados por el cielo de la Italia en uno de sus viajes, coronó su fama publicando el *Espectador*, que es una recopilacion de cartas morales, filosóficas y críticas, admirables por su gracia, talento y finura. Sus *Evidencias del cristianismo* prueban cuán alejado estaba de esa temeridad insensata que armó en aquel tiempo á una multitud de malos talentos contra toda religion revelada. La reaccion se extendió hasta los físicos y moralistas. La escuela escocesa reemplazó á la escuela escéptica de Bollingbroke y de Hume; y bajo la direccion de Ferguson y de Dugald-Stewart atrajo los espiritus á unas ideas mas elevadas y menos deshonrosas.

De la *literatura italiana*. La literatura italiana en el siglo XVIII experimentó en su favor una transformacion profunda. La escuela afectada de Marini, que habia falseado el gusto, fue destronada por la Arcadia romana, sociedad literaria fundada

por Cristina de Suecia durante su estancia en Roma. Estos académicos de nuevo cuño, habiendo tomado por modelo á los pastores de Arcadia, imitaron á Teócrito, Virgilio y Sannazar, é inundaron la Italia de églogas, idilios, odas anacréonticas, sonetos y pastorales. Ya no se veian sino pastores, ni se oyeron mas que poetas bucólicos. Con todo, los demas géneros de poesías no fueron descuidados, y Metastasio elevó la ópera hasta su mas alta perfeccion. Igualmente cultivaron todos los géneros de literatura en prosa. La historia fue profundizada con una paciencia rara por Muratori, y escrita con notable habilidad por Giannone; Tiraboschi ilustró la *historia literaria* de Italia, y desembrolló su caos; en fin, el talento audaz de Vico se arrojó en la filosofia de la historia, y encontró ideas profundas y puntos de vista ingeniosos. Pero lo que nos interesa especialmente, es la influencia que la literatura francesa ejerció sobre el espíritu italiano.

Despues del tratado de 1748, esta bella comarca gozó de un reposo y de una disposicion que favorecieron mucho la propagacion del filosofismo. El Piamonte, que obedecia al rey de Cerdeña, era francés por el lenguaje, y no podia permanecer extraño á las ideas que circulaban en todas las obras de nuestros filósofos. Pasando la Lombardía bajo la dominacion de la casa de Austria, tuvo por gobernador al conde de Firmian, que habia vivido en Francia, y estableció en Milan una cátedra de economia política en 1768. Allí fundó tambien una academia, donde Beccaria y una multitud de literatos y sabios comentaban con entusiasmo, no solamente á Montesquieu, sino tambien á Helvecio y al baron de Holbach. Los Borbones reinaban en los ducados de Parma y de las Dos Sicilias, y favorecian naturalmente la propagacion de las ideas francesas en aquellos paises. La Toscana obedecia á un príncipe de la casa de Lorena, á Leopoldo, que habia recibido por José II todas las doctrinas del siglo, y que las dejaba descender de su palacio hasta el pueblo.

Es muy cierto que el absolutismo que pesaba sobre estos diversos Estados sometia á una intervencion severa todas las obras que pasaban la frontera. No se traducia, ni se imprimia

ni vendia libro alguno sino con esta cláusula: *Con licencia del superior*. Pero los hombres del poder, infectos de todos los errores y de todas las pasiones del tiempo, no hacian á las obras nuevas que examinaban mas que ligeras supresiones. Por otra parte, estas mutilaciones solo servian para hacer mas vivo el deseo de poseer las verdaderas ediciones. Eran buscadas con furor, se las arrebatában, y los pasajes suprimidos se leian y estudiaban con una atencion y un celo que aumentaban el peligro. Despues de Beccaria de quien ya hemos hablado, no citaremos entre los escritores que se hicieron los apóstoles de las ideas nuevas, sino á Genovesi, Filangieri y Alfieri. Los dos primeros conmovieron el reino de Nápoles y toda la Sicilia con sus atrevidas innovaciones; el último llenó su teatro de los mas exaltados sentimientos republicanos, y sembró en toda la Italia ese liberalismo febril que produjo las repúblicas liguriana, partenopea, romana y cisalpina que Bonaparte hizo nacer bajo las pisadas de sus ejércitos victoriosos, y que ahogó con una sola palabra.

De la literatura española. La España, menos viva que la Italia, fue todavía subyugada mas profundamente por el genio francés. Su literatura nacional, que el soplo de Carlos V elevó á su apogeo, se sostuvo durante el reinado de los tres Felipes, á pesar de los numerosos descalabros que arruinaron la nacion. Bajo el reinado de Carlos II, los espíritus se adormecieron entre los brazos de la molicie á imitacion del soberano; y cuando los Borbones se sentaron en el trono, solo se vieron poetas de un gusto detestable, ó débiles imitadores de los Franceses. La Academia española experimentó esa influencia extranjera, y uno de sus miembros mas distinguidos, Ignacio de Luzan, publicó una *Poética*, con el fin de hacer triunfar el método y el gusto de nuestros escritores. Sin embargo, en la última parte del siglo xviii, el patriotismo español se despertó, y la elegancia francesa no bastó ya al talento de los nuevos autores. Vicente de la Huerta interesó el orgullo nacional en esta reaccion, y compuso para el teatro á la manera de los maestros de la antigua escuela. Otros poetas siguieron sus huellas; pero en despecho de sus es-

fuerzos las ideas de nuestros filósofos pasaron rápidamente al otro lado de los Pirineos. Carlos III, ó mas bien sus ministros, los Arandas, los Campomanes, los Florida Blanca, aplicaron sus principios al gobierno y á la administracion, y excitaron ese furor de innovaciones que un dia habia de poner en tan gran peligro á la monarquía española.

De la literatura portuguesa. Bajo la dominacion española, la literatura portuguesa se extinguió casi enteramente. En Lisboa ya no se hablaba sino en español, y representaba en el teatro de aquella capital las mismas piezas que en Madrid. Vieira, único poeta portugués que apareció en aquella época, se vió obligado á trasportar á América sus sublimes inspiraciones. El mal gusto se habia introducido en todas partes con motivo de esa falta de cultura. El conde Erceyra, que sacó las letras de este estado de degradacion y decadencia, era amigo de Boileau; y al mismo tiempo que purificaba el gusto de los Portugueses, puso en boga la literatura francesa. La Academia de las Arcades, fundada por Pombal, devolvió á los espíritus todo su primer ardor, pero tambien se inspiró ampliamente con los escritos de los filósofos. Los poetas mas distinguidos de esta academia tomaron tambien alguna cosa de nosotros, y muchas veces no desdeñaron traducir simplemente para su teatro una de las obras maestras de Molière, ó una de las mejores piezas de nuestros cómicos de segundo orden.

De la literatura de los Países Bajos. La literatura francesa influyó tan directamente sobre la de los Países Bajos, que le quitó casi toda su nacionalidad. En una parte de las provincias austriacas hácia Lieja, nunca se habló otra lengua que la francesa, y estos países recibieron por esta razon el nombre de *pequeña Francia*. Por lo demas, el flamenco era tan despreciado en el Norte, que durante el siglo xviii solamente se escribieron dos obras notables en esta lengua. La Holanda, mas lejana de Francia que la Flándes, conservó mejor su lengua original, pero no pudo detener la decadencia de su poesía. Los poetas se avergonzaban, por decirlo así, de su idioma, y pensaban que nada habia mas hermoso ni estimable que lo que se escribia á la francesa.

Esta preocupacion los lanzó en un purismo de patras, en un esmero y afectacion minuciosos que excluyeron de sus composiciones la osadía y la invencion. Muchas veces se limitaron á traducir algunos poemas ó novelas francesas. Sin embargo hubo algunos que por su mucho talento se elevaron mas allá de las prevenciones de su siglo, y encontraron libres y dichosas inspiraciones. Los dos Van-Haren lograron imprimir en general á la poesía una direccion mas elevada, y hácia el fin del siglo la influencia alemana balanceó la influencia francesa. Los poetas tuvieron mas originalidad; y la prosa, que no fue empleada antes sino en traducciones humildes, se aventuró en el género novelesco, y multiplicó rápidamente sus producciones.

De la literatura alemana. Esa literatura alemana, que llegó á ser una literatura modelo hácia el fin del siglo XVIII, no estaba formada aun al principio de este mismo siglo. Leibnitz no habia encontrado su lengua materna bastante madura para sus obras filosóficas, y recurrió al francés y al latin para dar á sus ideas una boga europea. Su discípulo Wolf fue mas emprendedor; sus trabajos y los de muchos filólogos eruditos apresuraron la perfeccion de su idioma nacional. Durante los primeros años del siglo XVIII, Haller y su escuela se ocuparon principalmente de las cuestiones de gusto y de crítica. Entre él y Gostched se suscitó una polémica muy viva cuyo objeto parece pueril, puesto que se trataba únicamente de palabras y de principios de gramática, pero cuyos resultados fueron muy ventajosos para la lengua. En fin apareció Klopstock (1730). El autor de la *Mesiada* abrió con su grandiosa epopeya y bellas odas la era clásica de la literatura alemana. Tuvo por contemporáneos á Wieland y Lessing. Wieland reunió á tan alto grado la gracia, el genio y la ligereza, y desplegó tantos recursos y talentos, que su universalidad le ha hecho apellidar el Voltaire aleman. Lessing reformó principalmente el teatro con sus estimadas tragedias. Estos tres hombres vieron desarrollarse en su rededor todos los géneros literarios con brillo y esplendor, y no se extinguieron sino para ceder el puesto á otros tres genios que son la gloria de

la literatura alemana en el siglo XIX: Goethe, cuyo talento ha recogido palmas inmortales en todos los dominios de la ciencia; Schiller, que se hizo clásico en el género dramático y en la poesía pasajera; y Herder, que se ha ilustrado por sus trabajos de crítica, poesía, historia y filosofía.

El progreso de la civilizacion y el progreso político de la Alemania en particular, son sin duda dos grandes causas que contribuyeron poderosamente al desarrollo intelectual; pero la influencia de la Francia no fue tampoco extraña á ello. Durante todo el siglo XVII la Alemania no vivió, por decirlo así, sino de lo que tomó de nosotros. Cuando se ocupaba todavía en purificar su gusto y en formar su lengua en la primera parte del siglo XVII, Haller y su escuela se inspiraban ampliamente de tres fuentes diversas: la antigüedad griega y latina, las producciones recientes de la Inglaterra y las de la Francia. Los refugiados franceses que emigraron con motivo de la revocacion del edicto de Nântes sembraron sus ideas en Alemania y principalmente en Prusia. La vida y las obras de Federico el Grande y la política de José II prueban hasta qué grado reinó el filosofismo en estas comarcas. Klopstock se mostró independiente y nacional. Sin embargo el genio francés le alcanzó mas de una vez, y en su siglo se vió que muchos hombres se ilustraron traduciendo á nuestros mejores escritores.

De la literatura danesa. La corte de Copenhague siempre manifestó la mayor predileccion por la lengua y la literatura alemana. Con todo, al principio del siglo XVIII, la Dinamarca llegó á ser casi toda francesa. Los palacios y los jardines, las casas y las modas, todo era imitado de Francia, y se ponía estudio en hablar y escribir á la manera de los Franceses. Se estudiaron igualmente las obras de Milton, de Zung, de Pope, y el país obedeció al mismo tiempo á tres influencias literarias: el francés, el aleman y el inglés. Sin embargo este furor de imitacion no hizo perder su nacionalidad á la literatura danesa. De la lucha y del contacto de estas ideas opuestas resultó aun una especie de atraccion que vivificó las inteligencias. Holberg fundó el teatro trágico y lo elevó

casi al nivel del teatro francés. Una infinidad de otros escritores cultivaron la poesía, la elocuencia del púlpito, la filosofía, y bajo los auspicios de Federico V se vieron nacer las academias de Drontheim y la de las bellas letras de Copenhague y otros muchos establecimientos que ayudaron al progreso de las ciencias y de las letras.

De la literatura sueca. La literatura sueca, sacrificada al latín por la reina Cristina, no se levantó sino en tiempo de Adolfo Federico y Gustavo III en el siglo XVIII. Gustavo III fue un rey enteramente francés, como el gran Federico de Prusia. Su educación había sido francesa, no hablaba más que francés, ni leía más obras que las francesas. Escritor y poeta, protegía la poesía y las letras, y componía dramas y discursos. Aunque francés por la inteligencia, era Sueco de corazón; y al mismo tiempo que tomaba de nuestra literatura sus modelos, fué á buscar á sus súbditos en la historia de su país. A su ejemplo toda la Suecia se entusiasmó por la Francia, sin perder por eso lo más mínimo de su patriotismo y sin olvidar su color nacional. La poesía lírica se elevó á un alto grado de perfección. Dalin, Lidner y Bellmann sacaron de su armoniosa lira sonos encantadores. La elocuencia política encontró también algunos órganos; solo el arte dramático fue descuidado, porque las poblaciones están demasiado poco concentradas en este ingrato país.

De la literatura rusa. Algunos de los sucesores de Pedro el Grande trabajaron como él en el desarrollo de la civilización en Rusia. Su esposa Catalina I fundó una academia de ciencias, en la cual reunió algunos sabios ilustres (1725). La zarina Ana instituyó una escuela célebre, que tomó el nombre de *cuerpo de los cadetes* (1732), y en tiempo de Isabel se abrió el primer teatro ruso. También hubo algunos Rusos que, siguiendo el ejemplo de su gran emperador, fueron á instruirse á Europa. El príncipe Kanténir, que floreció al principio del siglo XVIII, trajo de sus largos viajes por Francia é Inglaterra algunas poesías estimadas. Miguel Lomonosof, su contemporáneo, también excitó el entusiasmo de los Rusos después de una larga permanencia en Alemania. Pero

fuera de esas excepciones, la literatura rusa no fue sino un caos intrincado hasta el advenimiento de Catalina II. Esta mujer, tan famosa por sus conquistas, se distinguió acaso más aun por la protección que acordó á las ciencias y á las letras. Fundó la academia de lengua rusa, una escuela de minas, otra de cirugía y un gran número de casas de instrucción pública. Concedió á todo individuo el derecho de imprimir, y abrió á los historiadores los archivos de la nación, que hasta entonces se habían tenido cerrados como un secreto de Estado. La poesía lírica y la poesía épica fueron cultivadas al mismo tiempo, y el teatro se fue perfeccionando. La ópera se representó con brillo, y la literatura rusa se puso al nivel de las literaturas extranjeras por medio de traducciones. Catalina se apasionó á las obras de los Franceses, y ella misma tradujo el *Belisario* de Marmontel. Entretenía una correspondencia muy activa con Voltaire y los principales filósofos; Diderot la visitó en su palacio de San Petersburgo, é hizo traducir todas las producciones más notables de la escuela sensualista del siglo XVIII. Pero cuando más tarde los excesos de la revolución francesa le revelaron el peligro de aquellas falsas doctrinas, hizo buscar con cuidado todas las obras que había propagado, prohibió su lectura á sus súbditos, y retractó una parte de los decretos que el primer fervor de su proselitismo filosófico le habían inspirado.

De la literatura polaca. Los últimos acentos de la Polonia espirante fueron los del cisne antes de su muerte. Poniatowski, que dejó perecer entre sus brazos á esa nación desgraciada, favoreció las ciencias y las letras, y reformó la educación nacional al través de las agitaciones de la guerra. El gusto se purificó, y jamás resonaron cánticos más armoniosos en las riberas del Vistula, que los que fueron el preludio de la ruina de este pueblo heróico. En la división que se hizo de su territorio, su lengua pereció bajo el despotismo de Austria y de la Prusia en las provincias que tocaron á estas dos potencias. Pero los Rusos la respetaron en los países que cayeron bajo su dominación; y el desgraciado Polaco tuvo al menos el consuelo de cantar sus quejas y decir de

nuevo sus penas en la lengua de sus gloriosos antepasados.

DE LAS CIENCIAS Y DE LAS BELAS ARTES.

Las bellas artes participaron de la decadencia de las letras, pero las ciencias hicieron, por el contrario, progresos inmensos. Descartes, Newton y Leibniz habian sido la gloria de las matemáticas en el siglo xvii. En el siglo xviii aparecen con brillo los Bernouilli, los Maclaurin, los Clairault, los d'A Lambert, los Condorcet, y despues Euler, Lagrange y Laplace. Lineo y Jussieu renovaron la botánica; la fisiología se desarrolló entre las manos de Haller y de Bichat; Cok, Bougainville, Maupertuis y la Condamine se ilustraron por sus viajes; M. de Humboldt y M. de Bonpland trajeron de la América seis mil plantas nuevas, y determinaron doscientos puntos astronómicos; la geografía sábia contó á Buache y Auville; la astronomía recuerda los nombres de Herschell y de Piazzí, de Lacaille y de Lalandre, y el sistema del mundo de Laplace; Volta hizo sus bellos descubrimientos en física; la química fue creada por Lavoisier, Suyton, Foueroy y Berthollet; y sobre las huellas de estos grandes hombres marcharon Priestley, Dary y Klapoth; Haüy unió su nombre á la cristalografía, y la geología fue elevada á la dignidad de una ciencia por los Delue, los Saussure y los Dolomieu.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA MODERNA.

CUARTA ÉPOCA.

DESDE LA REVOLUCION FRANCESA HASTA LA CAIDA DEL IMPÉRIO DE
NAPOLEON.

(1789-1814.)

CAPITULO PRIMERO.

Echando una ojeada general sobre toda la Europa, se observan en ella dos órdenes muy distintos de hechos y de ideas. Por una parte el espíritu nuevo se manifiesta y opera en algunos Estados reformas parciales mas ó menos dichas é inteligentes; por otra la antigua política se conserva é inspira á los diversos poderes sus ligas y alianzas. Esta es la lucha de esas dos espíritus contrarios que ha de producir tan fuertes conmociones en toda la Europa durante aquella época.

§ I. De los ensayos de reformas y de sus consecuencias.

Propagacion de las ideas francesas. Como lo hemos dicho mas arriba, la literatura francesa tuvo en el siglo xviii un carácter eminentemente práctico. Voltaire, Rousseau, Montesquieu y Buffon no se habian limitado á hacer el arte solo por el placer de hacerlo. En sus libros atacaron directamente á la sociedad, y quisieron á toda costa operar en ella una transformacion violenta. Sus ideas encontraron eco en un gran número de espíritus, porque habia seguramente una infinidad de abusos que corregir, y porque se sentia universalmente la necesidad de una reforma. Su elocuencia, preciso es